

teologales y neoplatónicas, se iba á su vez con gusto á las tertulias constitucionales de madame Staël, donde á la continua oía discursos apologéticos de las instituciones británicas, marcadas todas ellas con el gótico sello de la Monarquía y de la Nobleza. En esta crisis del diez de Agosto entraba Fouchet con mal pie. Mientras por un lado salvaba con riesgo de su vida y sobrehumano esfuerzo al famoso exministro Narbonne, por otro lado se regocijaba con regocijo verdadero del cautiverio de Luis XVI y de su definitivo destronamiento. ¿Qué más? Entre los devotos y amigos de madame Roland sucede lo mismo en este caso. Mientras su marido se limita solamente á procurar la ida de los marseleses, tirando más que á derribar la Monarquía y los anejos monárquicos, á imponerle su partido y su gobierno; mientras el político de su preferencia, el hombre á quien había entregado su alma, el célebre y desgraciado Bazot, no parece por ninguna parte, pues en provincia lo retienen sus deberes de familia y sus funciones de magistrado, Barbaroux, el célebre Antinoo, uno de sus predilectos, por quien experimentó un afecto puro, desinteresado, platónico, un afecto de fraternal amistad, y sin embargo, con quien la calumniaran y la persiguieran toda su vida en persecuciones inenarrables, se arrogaba toda la empresa, decía no haber otros verdaderos protagonistas de la jornada que sus paisanos, pedía para ellos toda la gloria y toda la execración que pudiera traer el movimiento, y aseguraba que así como fué llamada *Marsellesa* la oda lírica, el himno inmortal de la revolución, marseleses y sólo marseleses eran los fundadores de la República. Por manera que, al momento mismo de cristalizarse la obra girondina, cuando su idea se hace Verbo, y su Verbo carne, allá en el desastre de la Monarquía tradicional, que impelieron hacia su perdición los girondinos, y en el amanecer de la República, tan amada por sus espíritus atenienses; aquella legión de oradores helenos, cuyos discursos resuenan en el tiempo con una melodía inextinguible, no supieron qué pensar y no supieron qué hacer, pagando con sus vidas su incertidumbre, como si en vez de ser combatientes, con los cánticos de Simónides en sus labios, con las palmas de Salamina y de Platea en sus sienas, con las lanzas provinientes de Leónidas, fueran sólo santos mártires y santos nacidos en las catacumbas para morir en las hogueras. Así Vergniaud, en aquel momento de matar á un solo golpe, á un solo cachete, como decimos en la taurina lengua, el Monarca y el Congreso, debió ver por los cielos esas coronas que los ángeles regalan en las pinturas místicas á los santos nacidos para el sacrificio y para el martirio. Por fomentar la revolución se había elevado á la cima del Parlamento revolucionario, que resonó con una elocuencia quizás jamás oída después, y cuando el acento de su voz y al soplo de su vida en aquel Sinaí ardió la zarza del Oreb, no supo hacer otra cosa para moderar sus ardores, que lanzarse al incendio y en su fuego consumirse con todos los suyos. Cuando Mirabeu impelió la revolución francesa, todavía era inmaculada ésta, y se movía en el estrecho círculo de las supersticiones monárquicas, cuando la refrenó, quizás ne-

cesitaba por las circunstancias mayor expansión; Vergniaud la impulsó allende sus deseos y quizás sus creencias, cuando quiso el cuitado refrenarla y retrotraerla nuevamente á la Constitución, le faltaron del todo las fuerzas.

Vergniaud, por consecuencia, era en estos momentos víctima de una verdadera obsesión, viendo por tierra perdidos todos los frutos de su política. Sin embargo disimulaba cuanto disimular érale dado en tal tormenta, y hacía de las tripas corazón por no delatar su contrariedad. En las sedes aparejadas á recibir los representantes del poder amovible y responsable se asentaron los representantes del poder irresponsable y hereditario. Luis XVI, en quien resaltaba una conformidad indecible con el destino, distinguíase á tal sazón, y entre tan extraordinarias circunstancias, por una indiferencia que hubiera podido estimarse como estoica, de no ser, á la postre, muy brutal, nacida, no de altivez en la voluntad suya, de mengua en la inteligencia. Dijo que allí se acogiera para evitar un crimen, como hubiese podido decir cualquier otra vulgaridad, cuando el crimen se preparaba en su palacio; y dijo que libraba su propia seguridad en el Congreso, cual hubiera podido decir en cualquier otra parte. Maquinalmente le respondió Vergniaud, pues sólo por máquina podían coordinarse palabras que cohonestaran la presencia en aquel sitio de la realeza fugitiva con seguridades de que morirían todos por los poderes constituídos, cuando los poderes constituídos acababan de caer y morir. Sentado el Rey, la presidencia de pie, sin el número de diputados necesarios á toda resolución la Cámara, los palcos ó tribunas reventando de gentes, el silencio profundo, los cruces de las miradas expresivos del común terror, los odios de fuera trocados dentro en una compasión colectiva que podía sentirse y no explicarse; nadie adivinaba en aquel concurso, ni los trágicos protagonistas, ni el pasmado público, lo que pasar podía por todos dentro de algunos minutos bajo tamaña cerrazón y sobre tan encrespados oleajes. Cuentan que una embajada china llegó en el siglo décimoséptimo á espléndido palacio de poderoso Monarca europeo, el cual extremó todos cuantos medios en sus pródidas manos tenía de complacerla y agasajarla, sin que mostrara el embajador celeste ni extrañeza ni emoción. ¿Qué te maravilla más de todo cuanto ves y presencias? Le preguntó empingorotadísimo cortesano. Pues hallarme aquí, le dijo el embajador. Quiénes, al ver los Reyes allí, ó los Reyes al allí verse, ¿mayor extrañeza experimentarían? Jamás volverán los mortales á ver una caída de tan alto, ni volverá jamás á caer un coloso tan enorme, por bien clara y evidente razón, porque nunca se alzará tan arriba ningún poder humano ya, cual se alzaban aquellos Reyes absolutos, y nunca ninguna institución tomara en el tiempo y en el espacio las enormes proporciones tomadas en su oportuna sazón por la histórica realeza. Mucho se necesitó para la parte afirmativa de los dogmas revolucionarios, algo así como todo el movimiento científico de Grecia, y todo el movimiento jurídico de Roma, y todo el movimiento religioso de Judea, pasando por las escuelas alejandrinas y concluyendo en el Cristianismo, y en la filosofía, dos resúme-

nes de todo el pensamiento secular que antecedió á la declaración de los humanos derechos; pero no se necesitó menos para la parte negativa donde penetraron un absolutismo como el casi oriental de Luis XVI sentado en el banquillo de los reos, pues no era otra cosa el banco de los ministros, y siendo víctima expiatoria, no solamente de sus propios errores y pecados, de los errores y de los pecados que habían cometido sus padres, de los errores y pecados de una monarquía, tan grande cada uno como esta misma, y que la sociedad no quería perdonarle de ninguna manera en el momento supremo de transformarse y dirigirse hacia los vastos horizontes de un luminoso y progresivo ideal. Bien quisiera Vergniaud en aquel momento preservar al Rey de los decretos del destino; pero no hay acción individual que valga, por poderosa que sea, cuando la corriente de los tiempos se arremolina en una revolución espantosa, para detener y conjurar esta impetuosa corriente, impelida por el grandísimo empuje de las ideas en los amplios cauces del tiempo, que viene de lo eterno y á lo eterno va. Se descomponía el viejo absolutismo y se recomponía la vieja sociedad por virtud y obra de fuerzas descomponentes y recomponentes, tan verdaderas y tan profundas como las leyes físico-químicas del universo y como los códigos providenciales de la Historia. Debían aparecerseles á los Reyes en esta hora suprema su cuenta con el Estado y con el pueblo, los dispendios sin tasa, los gastos sin medida, el menosprecio á las advertencias dadas un día por los notables, el ataque sistemático al progreso, la despedida del gran Turgot después de haber comenzado á impedir éste la revolución por el único medio hábil de impedir la que consistía en la reforma, el nombramiento de Calonne que convirtió el curso pacífico y reformador en torrente violentísimo con sus acuerdos reaccionarios y sus retrogradaciones violentas, el empeño en que no habían de disminuirse los cargos cortesanos y menos las cargas consiguientes á su crecido número, el asombro al encontrarse con que los Estados generales se levantaban á Constituyentes y componían una Constitución, los tímidos golpes de Estado capaces tan sólo de suscitar dificultades al poder real y afirmar el poder parlamentario, las terribles nimiedades que llevaron los diputados al juramento del trinquete, la toma de aquel fuerte de la Bastilla suscitada por el empeño de sostener las fuerzas militares como amenaza perpetua de reacción sobre la cabeza del pueblo, el banquete de los guardias de Corps en que perdieron á Versalles, la fuga en que mostraron su enemiga incontrastable al Parlamento y su apego irrecusable al absolutismo, el proceder con los ministros girondinos y con la escuela constitucional, el retraimiento suicida, la proclama de Brunswick inspirada por ellos, traición de las traiciones.

Cuando se disponían los diputados á tomar acuerdos y resoluciones sobre las tristes angustias del momento, se levantó un orador y recordó el artículo de la Constitución que prohibía deliberar en presencia del Rey. Este respeto á los artículos particulares de la Constitución, malherida en su totalidad, resalta entre los caracteres más originales de

aquella sesión, última de la Realeza y última de la Cámara constitucionales. Parece imposible cómo ante aquella catástrofe, tuvieron los diputados humor para distingos jesuitas. Y lo tuvieron. La Constitución lo mismo cree presente al Rey cuando se halla en los bancos que cuando se halla en las tribunas del Congreso. Y los diputados consideraron violada la Constitución de permanecer en los bancos y no violada de ir el Rey á las tribunas. Hicieron, pues, salir á la familia real del salón y la colocaron en un palquillo, donde tomaban de los discursos algunos escribientes notas, palquillo frizando con los últimos bancos del Congreso y colocado tras la sede presidencial. Como una reja de hierro separaba la tribunilla del salón, parecía estar la Real familia reunida en un locutorio de convento. Hubo necesidad de que los cronistas allí reunidos se apretaran y estrechasen un poco para dejar espacio y sitio á los recién llegados. El Rey se arrellenó frente á frente de la sala, como quien se acomoda y se apercibe á presenciar un espectáculo, creyéndose allí, en su inconsciencia, parte atómica del público, cuando hacía el primer papel, representaba el protagonista en aquella terrible tragedia. La Reina buscó la sombra, y como si no quisiera ver cuanto pasaba, se puso en un angulito y en lugar segundo, para ocultar así la humillación y el vencimiento propios á los ojos ajenos. Detrás de la Reina, en tercer término, la Princesa Isabel y la institutriz de los niños, con uno de estos dos en cada lado, asentadas sobre humilde banquillo de paja, teniendo por todo respaldo la desnuda y encalada pared. En el fondo de tal estrecho recinto los ministros de pie, los gentileshombres de Cámara y mayordomos de semana, varios títulos de la más alta nobleza con algunos caballeros de la más piadosa devoción, pareciendo con su aire indeleble que recordaba grandezas y dignidades históricas, signos heráldicos, pero fúnebres, echados sobre sepultura, que fuese de un monarca, y pareciese de un perro. Los granaderos de la guardia, custodiaban aun al Rey, como en los días de su mayor autoridad, y henchían el pasadizo á la sala con sus aglomerados grupos. Como la noche del nueve al diez fuera de fresca y hermosa, fuera también de tórrido y pesado el terrible día diez. Al calor propio de una mañana canicular, se unía el calor artificial de un Congreso iluminado toda la noche, y encendido por ende, no sólo á esta iluminación, al vaho de los alientos, y aun estoy por decir al fuego y erupción de las pasiones. Sumáronse al calor sofocante y á la irrespirable atmósfera, los vapores del sudor que corría por todos los cuerpos, las centellas de ira que aumentaban los ardores materiales con su sudor moral, la repercusión en los ánimos de tantas agitaciones, los gritos de innumerables oradores hablando todos al mismo tiempo, los clubistas y los seccionarios armados y uniendo á las vociferaciones permanentes de sus pechos la vibración siniestra de sus armas, los noticiones recién venidos y comunicados en voz alta entre unos diputados sin brújula y un público sin respeto de ningún género, el espantoso ruido de fuera semejante al fragor de terrible inundación que avanza ó de volcán que estalla, los golpes á las puertas acompañados con amenazas